

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA PLURAL

V. ENTRE EUROPA Y LA INCERTIDUMBRE



diálogo.

(Del lat. dialōgus, y éste del gr. διάλογος)

1. m. Plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos.
2. m. Obra literaria, en prosa o en verso, en que se finge una plática o controversia entre dos o más personajes.
3. m. Discusión o trato en busca de avenencia.

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA **PLURAL**

V. ENTRE EUROPA Y LA INCERTIDUMBRE

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos

PRESENTACIÓN

¿Una Cataluña independiente seguiría siendo miembro de la Unión Europea? El asunto, de una gran trascendencia para los ciudadanos catalanes, tiende a escamotearse en el debate político cotidiano mientras los nacionalistas esgrimen el siguiente argumento: «¿Cómo va a prescindir Europa de una de sus regiones más ricas, de una comunidad que siempre ha sido europeísta?».

Éste fue el asunto principal que desgranaron en sus intervenciones Josep Borrell y Juan José López Burniol en este quinto diálogo del ciclo «España plural / Catalunya plural», titulado precisamente «Entre Europa y la incertidumbre». El exministro y expresidente del Parlamento Europeo explicó que «no es que vayan a expulsar a Cataluña, a los catalanes, de su identidad europea. Es que, como entidad política, Cataluña no formaría parte de un club; hasta que pueda reingresar, pero eso lleva unos trámites, no es automático». Situó, por tanto, la clave del problema en el tiempo que transcurriría hasta que una Cataluña independiente se pudiera incorporar a la Unión Europea y en cuáles serían los costes de esa transición para la economía de Cataluña y para los catalanes.

Precisó además Borrell que hay un sector importante de los ciudadanos catalanes que quieren la independencia a cualquier coste, es decir, a los que no importa que su decisión secesionista los deje fuera de la Unión Europea, y señaló que ante esos planteamientos no se puede hacer nada. Por ello abogó por centrar el debate en esa otra parte de la sociedad catalana a la que no mueven razones «emocionales-identitarias», sino otras razones, de tipo «racionales-oportunistas», y a la que sí que le preocupan las consecuencias de salir del selecto club europeo.

López Burniol compartió estos planteamientos e hizo el esfuerzo de explicar en Madrid en qué basan sus posiciones los economista y empresarios catalanes

que defienden la independencia. Señaló que éstos saben que la secesión supondría un abandono temporal de la Unión Europea por parte de Cataluña. Pero precisó que también piensan que la independencia perjudicaría gravemente a la economía española, lo cual pondría en riesgo la estabilidad del euro, y que esto obligará a la Unión Europea a intervenir, forzando a España a afrontar una reforma constitucional que modifique el estatus de Cataluña.

Asimismo, el notario y articulista catalán criticó con dureza el hecho de que los únicos argumentos que se utilizan desde el Estado para contrarrestar el independentismo catalán sean dos argumentos negativos: que la Constitución no permite la consulta y que Cataluña se quedará fuera de Europa, lo que consideró «de una precariedad intelectual enorme y de una miseria política verdaderamente deleznable». Todo lo anterior le llevó a preguntarse: «¿A qué ha quedado reducida la vitalidad, la fuerza de la nación española? ¿No tiene España un proyecto sugestivo de vida en común que se pueda exponer?».

Rosa Paz

*El quinto encuentro del ciclo «España plural / Catalunya plural»
se celebró en la sede de la Fundación Diario Madrid
el 9 de abril de 2014 bajo el título
«Entre Europa y la incertidumbre».
Participaron en el diálogo:*

Josep Borrell

Expresidente del Parlamento Europeo



Juan José López Burniol

Notario



Con la moderación de Xavier Mas de Xaxàs y Miguel Ángel Aguilar



Muchas gracias a todos por acudir a esta convocatoria. Estamos en el quinto encuentro de este ciclo de debates que llamamos «España plural / Catalunya plural» y que empezamos en el mes de julio del año pasado y que desde aquella primera ocasión hemos venido convocando alternativamente en Madrid –en esta sede de la Fundación Diario Madrid– y en Barcelona, concretamente en la sede del Col·legi de Periodistes de Catalunya, uno de cuyos dirigentes máximos, Xavier Mas de Xaxàs, se encuentra al otro extremo de la mesa y me acompañará en las funciones de moderador.

Quiero dejar constancia de la gratitud que tenemos al Col·legi de Periodistes de Catalunya por ser nuestro anfitrión y por cooperar de una manera tan decisiva para que este espacio de reflexión inteligente, en el que buscamos que sea posible distinguir las voces de los ecos, pueda llevarse a cabo. También quiero agradecer a los dos ponentes que nos acompañan , a Josep Borrell y a Juan José López Burniol, que hayan aceptado la invitación que les hemos hecho para participar en el debate de hoy. Asimismo quisiera agradecer el apoyo a la convocatoria que nos han prestado la Asociación para la Defensa de la Transición y la Fundación Transición Española.

Estamos haciendo algo que nos parecía necesario. Pensábamos que a esa necesidad iban a responder otras muchas gentes, con mucho más valor añadido que nosotros, pero de momento nosotros somos los que hemos salido al ruedo.

Dicho esto, le dejo la palabra a nuestro co-moderador, Xavier Mas de Xaxàs, dirigente de máxima relevancia del Col·legi de Periodistes con una trayectoria periodística de primerísimo orden en *La Vanguardia*. Xavier fue corresponsal en Washington y ha informado también de algunos de los acontecimientos que han sacudido al mundo en las últimas décadas.

Muchas gracias, Miguel Ángel. Para nosotros, para el Col·legi de Periodistes de Catalunya, es un honor estar con vosotros en este proyecto común que tan bien lleváis y dirigís desde aquí.

Cuando venía en el tren he tomado unas cuantas notas, porque es difícil articular un discurso que sirva de preámbulo al diálogo que van a mantener Josep Borrell y Juan José López Burniol. He hecho un poco de cronología, desde que empecé mi andadura profesional. Lo primero que cubrí fue la caída del Muro de Berlín; entonces, parecía que se acaban las divisiones irreconciliables, que existían el orgullo y las ganas de pertenecer a un sistema de principios y valores, a una civilización que se llamaba Europa. Después pasé a cubrir conflictos nacionales muy duros, sobre todo en los Balcanes, en Chechenia y en Irak. Y también fui corresponsal en Estados Unidos, donde descubrí el patriotismo, este patriotismo cándido, primario, sensiblero, casi beatífico, que desde Europa vemos con un cierto desprecio, pero que tiene su punto de partida en una Constitución que forja por primera vez la ciudadanía, el concepto de ciudadanía y el derecho a ser felices. Después de Estados Unidos, en los últimos años he cubierto la Primavera Árabe, que ha vuelto a ser la lucha por la utopía, por la dignidad; y es allí donde he descubierto, más que en ningún otro sitio, la importancia de la fuerza, de la violencia inherente al Estado-nación, al imperio o a la alianza internacional, que es tan determinante para decidir la suerte de los pueblos.

Toda esta experiencia me lleva a la conclusión de que estamos ante un vuelco social y económico en todo el mundo, pero especialmente en Europa. Y el debate que tenemos hoy entre Cataluña y España no es ajeno a este vuelco, porque la soberanía ya no es lo que era y la política tampoco. En la calle, el debate ahora se centra más en este capitalismo global, opaco, que desregulariza, que borra

fronteras nacionales y que mina el Estado de Derecho. Tenemos a Bruselas, que nos dice lo que nos interesa y nos obliga a hacerlo. Y luego están las ideologías, que se van diluyendo en el pragmatismo del progreso a toda costa. La política, en cierta manera, pierde su lugar, quizás incluso su centralidad. A la política siempre le hemos pedido más o menos lo mismo –en todos los países en que he estado la gente le pedía a los políticos lo mismo–, básicamente ser felices, pero también ser nosotros.

Este ser nosotros, esta identidad, tampoco hoy es lo que era antes, también está en deconstrucción, sobre todo en Europa. En Europa la historia siempre nos ha pesado mucho. En Europa hemos sido más maduros que los

Se nos dice que la aventura del soberanismo pasará una factura social, económica y moral altísima, que una generación quedará completamente hipotecada

estadounidenses a la hora de decidir qué identidad teníamos y cómo la gestionábamos, hemos rechazado las identidades fáciles y eso nos ha obligado, como mínimo, a tener una identidad dual, la de nuestro país y la de Europa. ¿Por qué lo hacemos? Porque somos capaces de enriquecer nuestro patriotismo, porque la identidad, al final, es una forma de patriotismo.

He recordado que Habermas, refiriéndose a la Unión Europea, hablaba de patriotismo constitucional, de ser patriotas de una idea, de unos valores, quizás incluso de una utopía. Y esta utopía, que en el siglo XIX era la construcción de un Estado-nación, soberano, republicano, laico, romántico, ¿qué es hoy? Si algo nos enseña Europa hoy es que es demasiado tarde para crear un nuevo Estado.

Creo que éste es el drama de Cataluña. Porque mientras la identidad nacional de los ciudadanos europeos se diluye, mientras el debate pasa de los Parlamentos a la calle, impulsado por nuevos medios de comunicación digitales, más libres de hipotecas con el poder, los Estados nacionales que llegaron hace tiempo, los

del siglo XIX –España entre ellos–, se acorazan, resaltan sus señas de identidad, su orgullo patriótico. Lo vemos todos los días. Lo vemos aquí en Madrid, pero también lo vemos en París. Y pasa en Barcelona. Pero ese orgullo nacional se ahoga en el mar de la política, de la ley, de los intereses económicos. Se nos dice que la aventura del soberanismo pasará una factura social, económica y moral altísima; que una generación quedará completamente hipotecada por esta aventura soberanista; que estamos fuera de la Constitución; que estamos fuera de Europa. Eso es lo que se percibe en Barcelona. Pero, ¿puede Europa expulsar a los catalanes? Si yo aquí, ahora, cantara Els Segadors, no sería español, pero sería europeo. Seguiría siendo europeo porque, al final, un catalán podría renunciar a España y seguir siendo catalán; aunque fuera amputado seguiría siendo algo, ¿no? Pero un catalán nunca podrá renunciar a ser europeo; eso es imposible. Creo que éste es el drama que nos enfrenta hoy, porque la Europa que nos enseña que es demasiado tarde para un nuevo Estado-nación también nos dice que es demasiado pronto, quizás, para otra cosa que no sea un Estado o un imperio, para una civilización de ciudadanos, por ejemplo, de patriotas constitucionales, que diría Habermas, más allá de los signos y de las banderas. Y ahí está, yo creo, la incertidumbre. Gracias.

*La Europa que nos enseña
que es demasiado tarde
para un nuevo Estado-
nación también nos dice
que es demasiado pronto,
quizás, para otra cosa*

Miguel Ángel Aguilar

Nuestro co-moderador ha entrado a explicar el título de este coloquio, que es «Entre Europa y la incertidumbre», y ha recordado una cita muy relevante de Habermas, que se ha preocupado de este asunto de ser europeos. Yo todavía

me atrevo a decir una cosa. Recuerdo la primera visita oficial del rey a París y su discurso en la Asamblea Nacional de Francia, donde insistió, de manera muy reiterada, en la condición europea de España. Existía la tendencia a que Europa terminara en los Pirineos y había que reclamar el final de ese olvido político que la geografía desmentía, pues España forma parte de Europa. Desde luego, Cataluña forma parte de Europa. Pero la cuestión es distinta. La cuestión no es ser europeos sino formar parte de la Unión Europea. También Rusia es europea, también Ucrania es europea, también Moldavia es europea... Pero hay un escalón distinto, hay una condición política distinta, que es la de ser miembro del club.

Josep Borrell

Buenos días. Bon dia. Muchas gracias por haber organizado este encuentro. Gracias a ustedes, a vosotros, por estar aquí, y muy en particular a Juan José López Burniol, al que hace mucho tiempo que no veía pero con el que me encanta compartir este debate; aunque no sé si habrá mucho debate, porque nuestras posiciones no son excesivamente contrapuestas. En todo caso, es un placer hablar con él, porque es una de las voces más sensatas y templadas que se oyen hoy en día en Cataluña sobre un tema que tiene una enorme carga emocional. Además lo hacemos al día siguiente del debate celebrado en el Parlamento, por lo que este encuentro tiene especial actualidad.

Déjenme que empiece con una anécdota. Cuando tomé posesión de la presidencia del Parlamento Europeo, me presenté diciendo que yo era catalán, español y europeo, que en mí convivían estas tres identidades, que no eran en absoluto antagónicas, sino complementarias, y que no me planteaban ningún problema, sino todo lo contrario. En el fondo en eso debe consistir ser europeo, en asumir una identidad múltiple, en la que cada una de las capas no anula la

precedente, sino que la amplifica y enriquece. Me quedé muy satisfecho con esta explicación, que los telediarios españoles resaltaron: «Soy catalán, soy español, soy europeo». Aquella noche, en mi pueblo, unos amigos embadurnaron las paredes de unas masías cercanas a mi casa, donde escribieron: «Aquí només som catalans». No recuerdo si era eso o si era: «Aquí som catalans i prou». Creo que esta anécdota refleja bien las coordenadas del problema. Hay una parte de los catalanes, en la que me incluyo, que sentimos esta identidad múltiple. Y no voy a pedir perdón por ello. Yo me siento las tres cosas. ¡Qué le voy a hacer si es así! Y tuve la ocasión de decirlo en un sitio de tan alta relevancia política como el Parlamento Europeo.

Posiblemente algunos compañeros de escuela que salieron a embadurnar las paredes con la frase «Aquí només som catalans i prou» no sientan eso; no lo sienten, no se sienten españoles. Y qué se le va a hacer. Contra eso no

Una parte de los catalanes nos sentimos catalanes, españoles y europeos; otros no se sienten españoles, pero sí europeos. Contra eso no hay nada que hacer

hay nada que hacer. No se sienten españoles, pero sí se sienten europeos. Lo de «prou» era un poco exagerado, porque si les hubiéramos preguntado: «¿Tampoco os sentís europeos?». «Sí, europeus sí, faltaria més. Aquí, desde Carlomagno, somos los más europeístas de toda España». Por tanto, catalanes y europeos sí, pero españoles no. Y eso es lo que reflejaba ayer en el Congreso la intervención de la representante de Esquerra Republicana, el sentimiento, un tanto naíf, de decir: «Oiga, nosotros no somos de esta cosa que se llama España; no lo sentimos y creemos que viviríamos mejor si pudiésemos organizar nuestro Estado». A fin de cuentas, todo nacionalista quiere que su nación tenga un Estado, porque es la forma de asegurar la supervivencia. Frente a eso, no hay nada que hacer. Es decir, si todos los catalanes, o una mayoría consistente, sistemática, permanente, de-

mocráticamente expresada, pensara como piensa el señor Junqueras cuando dice: «Aunque España fuese el país más perfecto del mundo y nos tratara de la mejor de las maneras posibles, yo no querría ser español, porque no lo soy. La independencia de Cataluña es una cuestión de dignidad histórica», si todo el mundo pensara así, pues ustedes perdonen, no habría Constitución que valiera. No todo el mundo piensa así, pero hay gente que sí. Frente a eso yo no tengo argumentos y no los voy a convencer de que sus sentimientos están equivocados, pues los sentimientos ni están ni dejan de estar equivocados; son los que son.

Las razones que impusan esa demanda de independencia son de dos clases. Los que ven la independencia como un bien superior que se debe conseguir a cualquier coste y aquellos otros a los que han convencido de que sería materialmente positiva

Creo que, para aproximarse al problema, tendríamos que llevar a cabo una cierta disección analítica de cuáles son las razones que impulsan esa demanda de independencia. Son razones de dos clases. Por un lado están aquellas razones que podríamos llamar emocionales-identitarias, las de los pintores del grafiti de mi pueblo, para quienes la independencia es un bien superior que se debe conseguir a cualquier coste: «Y si hay que salir de Europa, saldremos de Europa. Ja tornarem a entrar. Serà transitori. Capearem el temporal y ja tornarem a entrar. Y si nos va mal, pues ya nos irá mejor». Quienes piensan así no están poniendo en el mismo nivel los costes cuantitativos y las ventajas trascendentales, y eso hay que comprenderlo. Si yo fuera un independentista catalán no dejaría de serlo por un par de puntos del PIB. «Vas a perder un par de puntos del PIB». «Me da igual, no estoy comparando una cuestión monetaria con una cuestión identitaria».

Luego está el componente que yo llamo racional-oportunista. Oportunista en el sentido de coste de oportunidad, que es el de la gente que no tiene una dimensión identitaria muy fuerte, pero a la que han convencido de que la independencia es materialmente positiva, porque va a aportar más recursos, va a liberarnos de los recortes presupuestarios, de todo lo que se está sufriendo con la crisis. Como los emocionales-identitarios saben que no son suficientes en número para ganar la partida, tratan de utilizar el argumento racional-oportunista para que los que no se mueven por identidades se sumen a su causa por razones de oportunidad. Por eso han construido toda esta descripción de que España nos roba, de que si fuéramos como en Alemania estaríamos mucho mejor... Todo un relato que acaba diciendo: «Y tendríamos 16.000 millones más sobre la mesa, libres, disponibles para gastar». Hombre, si eso fuera cierto, sería un poderoso acicate, porque es mucho dinero. Y si, además, resulta que no nos sacarían de Europa, pues perfecto. Para eso está el argumento de: «¡Cómo nos van a expulsar de Europa, a nosotros, a Cataluña, que és part d'Europa de tota la vida!». «¡Com nos fotran fora!». Me parece muy bien tu réplica a este comentario, Miguel Ángel. No es que vayan a expulsar a Cataluña, a los catalanes, de su identidad europea. Es que, como entidad política, Cataluña no formará parte de un club; hasta que pueda reingresar, pero eso lleva unos trámites, eso no es automático.

No es que vayan a expulsar a los catalanes de su identidad europea. Es que Cataluña no formará parte de un club

Cuando explico esto en Cataluña –y lo expliqué hace unos días en el Col·legi d'Economistes–, automáticamente me saltan a la yugular diciendo que esto es una amenaza. «¡No me amenace! ¡No vulgui fer por!». «No trate de asustarme, no me diga que saldré de Europa, porque no es verdad. No sé com, però ja ho

arreglaré». «Els tractats que diguin el que vulguin, Barroso que diga lo que quiera, Van Rompuy que diga lo que quiera, todos los expertos jurídicos europeos que digan lo que quieran, pero esto es un tema político y ya lo arreglaremos políticamente, porque Europa no puede prescindir de Cataluña». Punto.

Cuando Mas, el president de la Generalitat, tiene un ataque de sinceridad –como el otro día en una entrevista en *La República*–, reconoce que transitoriamente Cataluña no formará parte de la Unión Europea. Transitoriamente. Vale, ya hemos avanzado algo, ya se acepta que la incorporación al club no es automática. El problema son, como siempre, los periodos transitorios. ¿Cómo pasamos del Estado estacionario A al B? ¿Cómo hacemos la transición? ¿Cuán larga es esa transición? ¿Qué quiere decir transitoriamente? ¿Una semana, diez años? Y ¿qué costes tiene la transición? ¿A qué nuevo equilibrio llegaremos? Ése es el gran problema de fondo que se evita discutir, porque ahí los emocionales-identitarios tienen las de perder y los argumentos jurídicos –todos los intérpretes de los tratados que se han pronunciado miles de veces– acaban chocando contre el muro de la emoción, que dice: «Sí, sí, però això ja ho arreglarem». Se acabó el discurso, se acabó el diálogo, se acabó la razón. O usted cree a quién le dice que la ley de la gravedad no existe o no se lo cree y toma alguna precaución. Así es como se plantea el tema con respecto a Europa.

Lo que está claro es que cuando tú preguntas a la gente en Cataluña por la independencia, el entusiasmo independentista decrece mucho si la pregunta va

Mas reconoce que transitoriamente Cataluña no formará parte de la Unión Europea. ¿Cuán larga es esa transición? ¿Qué costes tiene? Ése es el gran problema de fondo que se evita discutir, porque ahí los emocionales-identitarios tienen las de perder

asociada al escenario de salir de la Unión Europea. Si la pregunta fuera «¿Estaría usted a favor de un Estado independiente aunque implicase la salida de la Unión Europea?» el apoyo caería muchos puntos. Lo cual demuestra que la gente, colectivamente, no es irracional. Pero el otro día preguntaba la Generalitat en una encuesta: «¿Está usted a favor de que Cataluña sea un nuevo Estado independiente miembro de la Unión Europea?». Ésa no es la pregunta buena. Pero a esa pregunta la respuesta es muy mayoritariamente sí.

Miguel Ángel Aguilar

Miembro de la Unión Europea, del G-8, del G-2...

Joep Borrell

No llegan tan lejos. Eso no lo preguntan. Se quedan en la Unión Europea. Y la gente dice: «Sí, claro». La pregunta buena es: «¿Quisiera usted un Estado independiente aunque no fuera miembro de la Unión Europea?». Pero eso no lo preguntan, claro. El debate está bloqueado. Yo lo he discutido ya muchas veces y siempre me quedo en que, frente a los argumentos jurídicos que pongo sobre la mesa, la respuesta es emotiva. No hay nada que hacer. Si quieren ustedes saber mi opinión, pues coincide con la del señor Mas: transitoriamente Cataluña quedaría fuera de la Unión Europea. Pero, «¿cómo van a expulsar a los catalanes de Europa?». No los van a expulsar de Europa. No van a expulsar a Cataluña, porque para ser expulsado de un club tienes primero que ser miembro de este club. Y entonces los argumentos –espero que no me los pongas tú, Juan José– que escucho son de una debilidad intelectual preocupante cuando vienen de según quién. Cuando ayer en el Congreso se decía: «No, pero qué pasó con Croa-

cia». O: «Pues Alemania Oriental se incorporó a Alemania Occidental y nadie puso ningún problema para que los alemanes del este fueran miembros de la Unión Europea». Pero, ¡qué tendrá que ver! Pero esos argumentos se ponen sobre la mesa como si tuvieran alguna fuerza de razón, cuando un poco de sentido común indica que no la tienen. También es verdad que sería una pena que los catalanes quisieran salir de España y no pudieran porque eso implicase la salida de la Unión Europea. Eso generaría un estado de permanente frustración. Y, además, creo que los que no estamos a favor de la independencia, porque creemos que sería un mal negocio para Cataluña —no porque fuera más o menos posible sino porque fuera más o menos conveniente—, tenemos que insistir en poner el debate no sólo en las penalidades que se sufrirían como consecuencia de la salida, sino en la comparación de los dos Estados estacionarios en términos de coste-beneficio. ¿Qué ventajas e inconvenientes tiene cada uno de ellos? Lo siento mucho, pero entre esos inconvenientes hay uno cierto —para mí por lo menos—, que es dejar de ser miembro de la Unión Europea durante cierto tiempo. Lo cual, si uno deshace el ovillo, implicaría que los bancos catalanes —bueno, tal cosa no existe—, los bancos con domicilio fiscal en Cataluña no tendrían acceso a la liquidez del Banco Central Europeo. Y eso tiene implicaciones muy importantes para su estabilidad. En fin, cuando desgranas el argumentario y llegas al final, hay decir que probablemente Cataluña tendría que inventarse una moneda propia, transitoriamente como dice el señor Mas. No veo de qué otra manera podría funcionar. Pero cuando dices eso el furor de la réplica sube varios decibelios y el argumento de «¡no me amenaza!» se hace más fuerte todavía.

Que los catalanes quisieran salir de España y no pudieran porque eso implicase la salida de la UE generaría un estado de permanente frustración

Por eso no hay que limitarse a exponer los aspectos negativos del abandono de España por parte de Cataluña, aunque uno tampoco pueda ignorarlos. En el fondo —y quizá ya hayamos llegado tarde— creo que hay que hacer un debate mucho más racional sobre las emociones. Ya sé que lo que digo es contradictorio, que no se pueden discutir racionalmente las emociones, pero un poco sí. Está ese señor que dice: «Jo sóc català i prou. No hi ha res a fer». Pero hay mucha gente que, de las dos razones que apoyan la independencia, tienen una mezcla en diferentes proporciones, gente para la que la identidad y la ventaja se mezclan. Yo tengo familiares que me dicen: «Yo no me siento especialmente español y no me importaría dejar de serlo, pero quiero saber cuáles son las ventajas y los inconvenientes. Quiero saber qué es lo que gano y qué es lo que pierdo». Hay una franja muy importante de la sociedad catalana que debe ser puesta en acción, porque si hay alguna solución está precisamente allí, en la gente que cree que las ventajas y los inconvenientes aconsejan buscar soluciones factibles al problema. Los óptimos, para ser óptimos, tienen que ser factibles; si están fuera del dominio de la factibilidad ni son óptimos ni son nada. Y hay unas soluciones que tienen muchos más costes que otras. Hay una parte de la población que está silenciosa —hay una espiral del silencio en Cataluña, sin duda—, una parte de la población a la que se debería intentar incorporar al debate con la expresión pública de sus opiniones, de sus análisis, de los factores positivos de la permanencia en España, no tan sólo de las penalidades que se sufrirían como consecuencia del abandono de España.

Hay una parte silenciosa de la población que debería incorporar al debate los factores positivos de la permanencia en España, no tan sólo las penalidades que se sufrirían como consecuencia del abandono

Miguel Ángel Aguilar

Creo que Josep Borrell ha hecho un itinerario extraordinariamente racional. Ha hecho una disección muy clarividente y nos ha puesto ante una cuestión que es verdad: el silencio. Y es verdad que estamos en un momento tremendo, porque si preguntas: «Todo esto que dicen ustedes está muy bien pero, por favor, dígame, al día siguiente de hacer la declaración unilateral de independencia ¿qué pasa?», entonces la respuesta es: «Usted es un boicoteador y está ofendiendo el sentimiento de Cataluña». Perdonen, pero algunos queremos saber qué va a pasar al día siguiente y no hay nada ofensivo en preguntar. No puede situarse a una población muy amplia en una posición de incertidumbre como la que me explicaba un amigo periodista, establecido en Belgrado. «Yo vivía en un bloque y no sabía si el del descansillo de la escalera era ortodoxo o católico o musulmán, si era croata o no sé qué —me decía—. Pero, cuando todo esto se incendió, cada uno tuvo, a toda velocidad, que empezar a buscar una cuadrilla, porque era la manera de estar protegido». Al que no tuviera algo a lo que agarrarse, pues le iba a ir muy mal. Porque cuando las cosas se tornan conflictivas, la tierra de nadie se estrecha extraordinariamente y sólo le ampara a cada uno la militancia en la que esté.

Cuando las cosas se tornan conflictivas, la tierra de nadie se estrecha extraordinariamente y sólo le ampara a cada uno la militancia en la que esté

Xavier Mas de Xaxàs

La simplificación intelectual del debate sobre Cataluña yo la extendería a la simplificación intelectual sobre la vida en general. Estamos ante una situación de pre-

cariedad intelectual, donde las ideas rascan la superficie y la sociedad no llega a profundizar. Considero que sí, que el factor emocional, irracional, tiene un peso fuerte, porque hay esta incapacidad para explicar las cosas en profundidad.

Juan José López Burniol

Agradezco la invitación de la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid. Estoy muy contento de compartir mesa con Josep Borrell, que sabe que le profeso una vieja amistad. Por otra parte, estoy contento de estar ante un auditorio madrileño. Aprovecho siempre todas las ocasiones que se me brindan para venir. ¿Por qué razón? Porque, desde una perspectiva catalana, dar una versión de lo que pasa allí es siempre motivo de que ustedes puedan tener más datos a la hora de conformar su propia opinión. Aparte de que, con el roce, en ocasiones surge o se renueva el aprecio.

Es especialmente importante que en estos momentos se les diga que en Cataluña están pasando cosas que distorsionan el tratamiento que históricamente se ha dado a lo que se llamaba el problema catalán. Una parte sustancial del poder político en Cataluña ya no está en las instituciones, sino que está en la calle. Por otra parte está el reduccionismo del problema catalán a los últimos tiempos, a unas causas, más o menos inmediatas, de carácter económico... No es así. Éste es el problema más antiguo –luego volveré también sobre ello– que tiene planteado España. Les adelanto una idea. No es el problema catalán, es el problema español, de la estructura territorial del Estado. O, si quieren que lo diga de una manera más clara, es un problema de reparto del poder.

Cuando me invitaron tuve la honestidad intelectual de decir que creo no ser la persona adecuada para este debate, porque el pensamiento mío no se diferencia gran cosa del pensamiento de Josep Borrell. Yo, por ejemplo, creo que,

efectivamente, cualquiera que sea la salida, en el caso de una Cataluña independiente habría un sacrificio enorme por parte de una generación. En la segunda generación, como decía Keynes, «todos calvos». Pero en la primera evidentemente habrá grandes dificultades. Procuro siempre decir exactamente lo mismo en Madrid que en Barcelona, y como en Barcelona digo siempre públicamente en la televisión —en TV3 o en 8TV— que yo hablo desde el punto de vista de los intereses generales de España, pues aquí también lo hago. Por ejemplo, les voy a decir que cuando se habla de «entre Europa y la incertidumbre» es evidente que este enunciado hace referencia a una duda sobre la viabilidad de una Cataluña independiente. Pero déjenme que les diga que desde el punto de vista de los intereses generales de España bien flaco favor se hace defendiendo la integración de Cataluña en España con dos argumentos estrictamente negativos. Uno: la Constitución no permite la consulta. Dos: te quedarías fuera de Europa. ¿Pero qué es esto? ¿A qué ha quedado reducida la vitalidad, la fuerza de la nación española? ¿No tiene España un proyecto sugestivo de vida en común que se pueda exponer? ¿Verdaderamente sólo existen estos argumentos negativos? Voy a tratar estos argumentos negativos, pero, como no es lo que yo directamente pienso, lo que he hecho —porque creo que se lo debo por honestidad intelectual— es trasladar lo que dicen sobre el tema de la viabilidad económica de Cataluña aquellos economistas y empresarios más serios, más razonables, que construyen un discurso, sin duda muy discutible. Sobre la base, insisto, de que me parece de una precariedad intelectual enorme y de una miseria política verdaderamente deleznable que los argumentos básicos para contrarrestar al independentismo catalán sean dos argumentos estrictamente negativos.

Una parte sustancial del poder político en Cataluña ya no está en las instituciones, sino en la calle

Vamos entonces con el tema. No fueron economistas, sino que fueron políticos los que pusieron sobre la mesa el tema de la no viabilidad de Cataluña. Concretamente, la primera que lo dice es la delegada del Gobierno Llanos de Luna en una entrevista que le hizo la Cadena COPE el 7 de abril del año 2012. «Cataluña –decía la delegada– quedaría automáticamente fuera de la Unión Europea. Esta hipotética Cataluña independiente debería solicitar el ingreso en la Unión y, en el mejor de los casos, esperar a que nadie la vetara. Está estimado por los expertos que en unos cinco años podría formar parte de la UE. Además, habría un incremento del 40% del precio de las exportaciones catalanas, etcétera». Dejando al margen alegatos políticos, los economistas catalanes, o los empresarios partidarios de la independencia, dicen que la independencia conllevaría inevitablemente un cierto aislamiento de la economía catalana respecto de los mercados internacionales y que ello, también inevitablemente, como ha dicho Mikel Buesa en el informe que el Ministerio de Asuntos Exteriores ha hecho sobre el tema, conllevaría un aumento del papeleo y un empobrecimiento de los catalanes. El esquema que trazan es el siguiente: Cataluña pagaría un precio pequeño si sufriera un pequeño aislamiento, pagaría un precio alto si el aislamiento fuera grande y finalmente sería inviable si el aislamiento fuera absoluto. Por tanto, la cuestión decisiva no es si la Cataluña independiente es viable o no sino si la independencia conllevaría una dificultad adicional para acceder a los mercados internacionales y, en caso afirmativo, hasta qué punto. Su discurso comienza por lo que yo llamo los presupuestos: la dimensión de la nación. La di-

Desde el punto de vista de los intereses generales de España, flaco favor se hace defendiendo la integración de Cataluña con dos argumentos estrictamente negativos: la Constitución no permite la consulta y te quedarás fuera de Europa

mención de la nación no es ningún inconveniente: en Europa hay naciones más pequeñas, con menos población y con menos recursos naturales. A este respecto, recuerdo que hace años, estando de viaje con mi familia en un país del norte de Europa, usando una de aquellas guías de tapas plastificadas, repasando aquellas páginas iniciales, que como ustedes recuerdan cuentan algo de historia, de economía, de las aportaciones a la cultura universal..., me vino a la cabeza esta idea: Cataluña tiene más densidad en sí misma que este país. Es decir, tiene una personalidad histórica diferenciada, verdaderamente clara desde siempre, y, por tanto, es lógico que este presupuesto lo den por hecho. Suelen decir —y aquí sí que tengo alguna reserva— que la economía catalana presenta superávit en la balanza de pagos por cuenta corriente. Bien, esto es cierto, pero hay que comenzar a matizar. Pedí documentación al servicio de estudios de La Caixa para un programa de televisión al que fui llamado en Cataluña y me dieron unos datos, que guardo en la memoria, referentes al año 2011. Respecto a la balanza de bienes, sin incluir servicios, la balanza Cataluña-España representaba un superávit de Cataluña de 23.000 millones. En cambio, en la balanza Cataluña-resto del mundo el déficit para Cataluña era de 15.000 millones; algo que se compensa evidentemente con la balanza española. Por otra parte están las exportaciones. Es cierto que Cataluña exporta más al resto del mundo —el 53% frente al 47% a España—, pero de ese 53% el 40% lo exportan SEAT, Motor Ibérica y la Petroquímica de Tarragona. Por tanto, en este segundo punto —no soy economista; soy notario de oficio— los números ya comienzan a ser más discutibles, aunque, desde mi punto de vista, los números éstos no son en absoluto determinantes.

La independencia conllevaría inevitablemente un cierto aislamiento de la economía catalana respecto de los mercados internacionales

El tema fundamental —lo ha expuesto Pepe Borrell— es que ningún economista serio, ningún empresario serio, aunque sea catalanista e independentista, discute que Cataluña quedaría fuera de la Unión Europea al día siguiente de la independencia. O, como ha dicho el profesor Francesc Granell, no es que quede fuera de la Unión Europea, es que queda fuera de la ONU, y para ingresar en la ONU hace falta que no se oponga tampoco ninguno de los miembros del Consejo de Seguridad. Es decir, éste es un hecho que se acepta. Las cosas son como son, no como quisiéramos que fuesen. ¿Y esto qué consecuencias trae? Consecuencias extraordinariamente serias.

En primer lugar, el boicot comercial. El boicot comercial es una cosa muy curiosa; se habla mucho de él pero se escribe poco. ¿Por qué razón? Porque en el fondo se considera vergonzante, porque tiene algo de *vendetta*. El boicot comercial es de muy difícil estimación, pero hay algunos estudios. Sería cuantitativamente importante: podría llegar a un 2% del PIB. Ahora bien, parece que históricamente se manifiesta durante pocos años, porque la memoria humana es verdaderamente débil. Y aunque parezca que estamos viviendo la exacerbación de alguna de las identidades, creo que esta exacerbación, en el fondo, es coyuntural. Las identidades se van debilitando en general y, por tanto, el boicot no sería permanente.

El boicot comercial podría llegar a un 2% del PIB

El efecto frontera. Cuando lees a los economistas llegas a la conclusión de que no tienen claras las causas del efecto frontera. El efecto frontera existe entre países que han eliminado las barreras comerciales, entre Canadá y Estados Unidos, por ejemplo. Y también existe en las separaciones con abrazos, como fue la de Chequia y Eslovaquia: allí llegó al 60% en algunos productos. Es decir, es muy fuerte. Los ingleses no se han atrevido a cuantificarlo en el caso de Escocia. Han

admitido que sería importante y dicen que aumentará a medida que las regulaciones diverjan. En definitiva, éstos son dos efectos importantes.

Para que no sea todo tan aburrido, les contaré una anécdota respecto al boicot en la época del cava que me contó un amigo mío, que es uno de los grandes productores del Penedés, básicamente de vinos, más que de cavas. Me decía: «El boicot nos ha afectado mucho». Le decía yo: «Y ¿dónde te ha afectado más? ¿En Madrid?». Dice él: «Bueno, en Madrid el volumen ha sido grande, porque la venta es muy grande, pero no, no es el sitio donde ha habido más boicot. ¿A ver si lo adivinas?». El primer lugar lo adiviné. Era Valencia. El segundo fui incapaz de adivinarlo. Era Aragón. Con lo cual, la verdad sea dicha, se plantea el tema de que las relaciones de Cataluña con sus vecinos son verdaderamente complejas. Dejemos la anécdota. El efecto frontera se produciría y el boicot se produciría.

El efecto frontera también existe en separaciones con abrazos, como fue la de Chequia y Eslovaquia: allí llegó al 60% en algunos productos

Llegamos a lo que es el meollo de la cuestión. Salimos de la Unión Europea. ¿Qué pasa entonces? En primer lugar, las exportaciones quedarían gravadas por la tasa exterior común y sujetas al papeleo al que antes hacía referencia. ¿Qué supone esto? Que serían más costosas y como consecuencia se reducirían y bajarían el PIB y la ocupación en Cataluña. Es decir, sería un mazazo verdaderamente importante.

En segundo lugar, el sistema bancario catalán no tendría acceso a la financiación del Banco Central Europeo. Decía Pepe que el sistema bancario catalán no existe; evidentemente es el sistema bancario español. Lo que sí hay son dos grandes bancos catalanes, domiciliados en Barcelona, que tienen el 70% de su negocio en el resto de España. Uno de ellos cobra el 21% de las nóminas de todos los

españoles y el 19 y pico por ciento de todas las pensiones de los españoles. Ésta es la realidad. Un economista muy inteligente, Juan Tugores, que fue rector de la Universidad de Barcelona, siempre dice que hay dos problemas muy graves que la Cataluña independiente tendría: el sistema financiero y la deuda.

Otra consecuencia de la salida de Europa sería que el sistema bancario catalán no tendría acceso a la financiación. Y, otra más, que Cataluña quedaría excluida automáticamente del Eurosistema, lo que dejaría abiertas dos malas opciones. La primera —una que ha apuntado también Pepe— es la moneda propia. Y la segunda, que para entrar dentro del Eurosistema se necesita un convenio, un convenio que no exige unanimidad pero que tampoco es algo que se haga de hoy para mañana. Estos inconvenientes son muy serios. Son auténticamente graves.

¿Cuál es la salida racional que buscan estos economistas, estos empresarios catalanes independentistas; que los hay? Hay que tener en cuenta que, como en el caso del divorcio, una de las cuestiones más importantes que regula el acuerdo de la independencia es el reparto de activos y pasivos. Les adelanto que el núcleo de su argumento es el siguiente: «¡Ojo!, que no se engañen los españoles, que la independencia a Cataluña provoca unos efectos negativos también a España. Ojo al parche». Entonces dicen ellos: «Reparto activos y pasivos, derechos y obligaciones, pero como Cataluña representa el 20% del PIB español, y como experimenta déficit fiscal, la independencia tendría un impacto considerable sobre la solvencia del Estado español. Es de esperar que, como consecuencia del acuerdo de independencia —porque si hay independencia de Cataluña algún acuerdo ha de haber—, el Estado español pasaría a ser acreedor del catalán por una cifra importante, unos 160.000 millones, la parte que corresponde a Cataluña de la deuda pública española que España seguiría debiendo al mundo». Aquí permítanme una disquisición jurídica. Cuando hay una escisión de una sociedad los acreedores no tienen ninguna culpa, por lo que el deudor originario,

que en este caso es España, sigue debiendo. Entonces, claro, la deuda de España pasaría de ser el 85% del PIB a ser el 105%; y con la deuda de las comunidades autónomas y las corporaciones locales, del 125%. Un deterioro muy considerable de la solvencia del Estado español.

Les voy a resumir su hilo argumental. Ellos dicen que, en esa situación, los países europeos, la Unión Europea, viendo el debilitamiento financiero de España, dirían: «Tenemos que salvar los muebles». Y salvar los muebles supone tres cosas. Primero poder cobrar los créditos contra España. En segundo lugar proteger las inversiones que haya en Cataluña –y las que hay en España–, pero especialmente en Cataluña, si queda tan marginada. Y, en tercer lugar, evitar la desestabilización del euro. España es la cuarta economía de la Unión Europea y si vienen mal dadas... El otro día oí en una reunión de financieros que en España hay tres bancos sistémicos y uno de ellos es catalán: La Caixa. O sea, que si no se afronta esa situación España puede producir consecuencias muy negativas para la subsistencia del proyecto europeo.

Una pequeña anécdota irrelevante, pero que a mí me significó mucho. En la misma casa donde tengo la notaría, en la planta principal, está la oficina de una de las empresas de cazatalentos más conocidas en España. Hablando de estos temas hace ya meses con uno de sus socios, un catalán del Ampurdán, un tipo inteligente, le dije: «Oye, tú que tienes tanto contacto con empresas extranjeras, suizas, francesas, alemanas, y que entras en contacto con las cúpulas dirigentes de éstas, háblales del tema catalán, a ver qué piensan». Hace pocos días me llamó por teléfono y me dijo: «Mira, he hablado con media docena de sociedades y, en el fondo, son gente a la que el tema jurídico y el tema político no les importa absolutamente nada. Lo único que les preocupa es que, pase lo que pase, el *statu quo* no varíe». Esto liga un poco con lo que les vengo diciendo. Es decir, la desestabilización tremenda que se produciría, no sólo en Cataluña sino también

en España, da lugar a que –y ya entro en la recta final de lo que es la postura de este sector de economistas y empresarios catalanes independentistas– su conclusión final sea la siguiente: «Por supuesto que no estaremos en la Unión Europea, por supuesto que no. Pero de una forma u otra seguiremos formando parte del espacio económico europeo. Y aquel convenio, aquel acuerdo, que no exige unanimidad, será más o menos rápido. ¿Por qué razón? Pues sencillamente para proteger el euro, para proteger sus inversiones en la Península y para poder cobrar sus créditos». Éste es el hilo argumental. Yo no entro en su valoración, porque se escapa de mis capacidades, pero he hecho un esquema de su visión central. Dicen: «Una Cataluña independiente necesitaría una tutela permanente de la Unión Europea al principio: un acuerdo monetario y financiero, que supondría el mantenimiento del nuevo Estado en el espacio económico europeo. Este acuerdo regularía la utilización del euro y permitiría a la Unión Europea controlar la política fiscal y la política financiera». Éste es su punto de vista.

Permítanme tres apuntes personales que les quería transmitir, no tanto sobre la cuestión concreta europea como sobre el encuadre general del tema. Creo que decirlo en Madrid tiene un cierto interés. Miren ustedes en la *Historia de España*, la síntesis que escribió José Luis Comellas hace mucho tiempo, el capítulo que dedica al siglo XX. Dice: «Cuando comienza el siglo XX España tiene planteados cuatro problemas: el problema militar, el problema agrario, el problema religioso y el problema catalán». Pasados cien años los tres primeros no digo que se hayan resuelto –quizá la palabra sea desvanecido–, pero es anecdótico lo que pueda decirse respecto a estos tres problemas. En cambio el problema catalán subsiste. ¿Por qué subsiste?

El problema catalán subsiste porque no es el problema catalán, es el problema de la estructura territorial del Estado, del reparto del poder

Porque no es el problema catalán, es el problema de la estructura territorial del Estado, del reparto del poder. Aquí hay ilustres administrativistas que saben perfectamente que cada vez que España recupera la libertad el problema fundamental que se plantea es éste. Porque, vamos a ver, cuando se hace la Constitución en 1931, ¿cuál es el tema que provoca la sublevación del general Sanjurjo? Básicamente éste. Y también es uno de los ingredientes básicos del desencadenamiento de la Guerra Civil.

El tema catalán se agudiza cada vez que España entra en crisis profunda

Y cuando se hace la actual Constitución, en 1978, ¿cuál es el título que de verdad queda un poco vago? Es el Título VIII, el que hace referencia a la estructura territorial del Estado. ¿Y por qué? Porque las necesidades de pacto fueron muy perentorias. Además, siempre he pensado —y éste es un pensamiento mío— que el Senado no está regulado suficientemente porque a través del Senado es como se redistribuye de manera territorial el poder.

Añadiría una cosa que también hay que pensar y que tiene un especial sentido en el momento presente. El tema catalán se agudiza cada vez que España, la organización jurídica de España, que es el Estado, entra en crisis profunda. No olviden ustedes nunca que el catalanismo cultural se convierte en catalanismo político en 1898, después de la pérdida de las colonias, que supuso para la burguesía catalana la pérdida de un mercado que no era solamente Cuba sino que era también el trampolín para acceder a Estados Unidos. En aquel momento comienzan a decir algo que en Cataluña, más o menos soterradamente, se ha dicho siempre: «¿Què farem amb aquest estat que no ens serveix?». «¿Qué haremos con este Estado que no nos sirve?». Segundo momento patético: la Guerra Civil. Al dar posesión a Juan Negrín, Azaña, que había llevado el Estatuto de 1932, no le habla en el discurso de la Guerra Civil, sino que le habla de recuperar

el poder del Estado en Cataluña; porque Cataluña, de alguna manera, se había emancipado del resto de España.

Y en estos momentos –no quisiera pecar de dramático, pero mi percepción es la que es y se la transmito– la segunda Restauración, la Restauración en la persona de don Juan Carlos, comienza a estar en una profunda crisis; una crisis semejante a la que padeció la primera Restauración después del apartamiento político de Maura y la muerte de Canalejas. Es curioso que cada vez que el Estado está en crisis, la cuestión catalana repunta.

La segunda idea: el impulso popular del actual movimiento secesionista. Una parte importante del poder político está hoy, por lo que a Cataluña se refiere, en la calle. Por lo demás, coincide con una crisis profunda del sistema político español, en los términos que les acabo de transmitir. Hoy, mientras venía para acá, me he encontrado a un periodista catalán que escribe en *La Vanguardia* y me decía que él capta en los políticos españoles una onda preocupación, pero no tanto por el tema catalán como por el desgaste del conjunto del sistema.

Y una tercera idea, que liga mucho con lo que ha dicho Pepe Borrell. Miren ustedes, andando por la calle Tuset un día hace años con un exconseller de la Generalitat de Catalunya, catedrático de Hacienda de la Universidad de Barcelona, me decía: «Hombre, Juanjo, es que tú y yo, aunque sea de distinta manera, aún tenemos sentido de pertenencia a España, pero nuestros hijos quizá no lo tendrán». Yo creo que mis hijos de alguna manera lo tienen, pero la cosa es que en el derecho romano se dice que el requisito fundamental para constituir una sociedad es la *affectio societatis*. Es imposible que exista un proyecto compartido

El requisito fundamental para constituir una sociedad es el affectio societatis. Es imposible que exista un proyecto compartido si no hay la voluntad de compartirlo

si no hay la voluntad de compartirlo con aquellas personas. Les pregunto a ustedes si conciben que sea posible la solidaridad si no hay previamente un *affectio societatis*, si no hay previamente un sentido de pertenencia. Un viejo notario, que ya debe estar muerto, bajando en el tren de Sarrià un día, me decía: «¿Para mí qué es el patriotismo?». Era José María Lozano y era de Zamora. «Mira, si yo sé que hay sequía en Huelva y en Holanda, prefiero que llueva primero en Huelva». Sentido de pertenencia. Este sentido de pertenencia a España en Cataluña se ha ido desvaneciendo. Ustedes pensarán sobre las causas; unas, digamos, decididamente provocadas, otras producto de los tiempos. Pero ¿a mí qué es lo que me preocupa? Vuelvo a indicarlo desde el punto de vista de los intereses generales de España. ¿Qué ha pasado para que en una comunidad que ha sido profunda y radicalmente española ese sentido de pertenencia se haya desvanecido? El libro de homenaje a José Álvarez Junco incluye un estudio de un historiador inglés —no recuerdo el nombre— en el que éste dice que a comienzos del siglo XX el sentido de pertenencia que había en Cataluña respecto a España era absolutamente homologable a Francia, al Reino Unido o a cualquier otra nación europea que lo tuviese. ¿Qué ha pasado desde entonces? Pues se ha desvanecido. Y creo que con los argumentos negativos a los que antes me he referido, con esos argumentos de no cabe en la Constitución y quedarás fuera de Europa, no se potencia este sentido de pertenencia en Cataluña.

*Sentido de pertenencia.
Si yo sé que hay sequía
en Huelva y en Holanda,
prefiero que llueva
primero en Huelva. Ese
sentido de pertenencia
a España en Cataluña
se ha desvanecido*

Termino con una anécdota que a mí me impacta mucho. Aquí hay muchos periodistas que quizá recuerdan aquellas ruedas de prensa del general De Gaulle

en los años sesenta, encima de una tarima, con una mesa dorada, normalmente con un traje oscuro cruzado, con una epopeya tremenda... Un periodista le pregunta por alguna cosa concreta de una huelga, una cuestión económica, y De Gaulle, indignado, va y le dice: «Perdone, yo he venido a hablar de Francia». Pues en España últimamente sólo hablamos de la Constitución, hablamos de quedar fuera de Europa, hablamos de balanzas fiscales... Si me permiten los economistas, hablamos demasiado de economía; la economía es casi obsesiva. Pero ¿quién habla de España como proyecto compartido?

En España hablamos de la Constitución, de Europa, de balanzas fiscales, pero ¿quién habla de España como proyecto compartido?

Miguel Ángel Aguilar

Muchísimas gracias. Ha sido muy esclarecedor todo lo que has dicho; tanto la posición desde la cual has argumentado como la manera que has tenido de terminar tu intervención. Ése es el gran déficit, efectivamente.

¿Hemos mejorado? ¿En qué? Por ejemplo, ya no se habla de la cuestión militar. A mí también me parece un progreso que ayer, cuando se debatió en el Parlamento Español sobre la consulta en Cataluña, nadie incitara al nacionalismo español, que nadie azuzara esa historia. Pero el problema es que se ha dejado de hablar de España. Por eso creo que es tan clara la reducción que has trazado, la de decir: «Señores, no vayan por ahí porque se quedan fuera de la Unión Europea, y además no vayan por ahí porque el teorema de la Constitución...». Llevamos en eso los años de gobierno que lleva Rajoy, con la señora vicepresidenta respondiendo todos los viernes: «Este Gobierno está para cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes». ¡Enhorabuena, Soraya! ¿Y después qué? Después

empieza la política y se percibe la ausencia total del Gobierno. La falta de algún proyecto, de algún plan, de algún incentivo para seguir viviendo juntos es abrumadora, es desoladora.

Xavier Mas de Xaxàs

Muy brevemente. Las causas del desafecto, ¿cuáles son? ¿Dónde está el origen de que España ya no sume para los catalanes? Quizás en que el Título VIII de la Constitución sea el que es, en que hubiera una recogida de firmas contra el Estatut de 2006 –que yo creo que es la causa fundamental–, en que el PSOE, cuando gobernó, no desarrollara el Estatut como lo podía haber desarrollado, en que durante años la política electoral ha acelerado el anticatalanismo en buena parte de España, porque se han realizado campañas para recoger votos en España criticando a Cataluña, porque el PP tiene perdida Cataluña y no le importa, y porque el PSOE, como está el PSC... La situación es dramática. Había muchas posibilidades de frenar este choque de trenes, pero el choque ya se ha producido. Creo que hay que cambiar las políticas de los dos grandes partidos, que son los grandes responsables de la situación en la que nos encontramos.

Josep Borrell

Alguna responsabilidad hay también en Cataluña. Ahora parece que los grandes responsables de lo que ocurre viven todos en Madrid. En Cataluña también hay actitudes que no son precisamente ejemplares, ni siquiera intelectualmente honestas, con respecto al tema del afecto y el desafecto. Los afectos y desafectos no crecen en los árboles, son una construcción social y se basan en percepciones, pero también se basan en argumentos. Y, sin duda, parte del desafecto bebe en

el discurso del expolio: si tú me convences de que este señor me expolia, difícilmente voy a sentir por él ninguna clase de afecto. Frente a los sentimientos hay que explicar las cosas como son, porque los desafectos se alimentan y hay algunos propagandistas del desafecto, muchas veces basados en argumentos que no se tienen en pie, que son estrictamente falsos.

Por eso, coincidiendo plenamente en que no podemos atrincherarnos en la Constitución, en que no podemos limitarnos a decir que «la Constitución dice lo que dice y punto», ni podemos argumentar negativamente diciendo «si salís, saldréis de Europa», estando totalmente de acuerdo en que hay que buscar razones positivas, creo también que hay que explicar las cosas como son. Porque hay mucha gente que sí

Parte del desafecto bebe en el discurso del expolio; si tú me convences de que este señor me expolia, difícilmente voy a sentir por él ninguna clase de afecto

quiere saber cuáles son las consecuencias de una decisión de este calibre y a esas personas hay que explicarles las cosas, porque les están diciendo cosas que no son ciertas.

¿Hay un problema de afecto? Claro que lo hay. Y, cuando dices que hay que buscar razones para un proyecto en común, el problema es que parte de la sociedad catalana ya no está interesada en este proyecto en común, que ya se ha producido un desapego absoluto. No, no les digan en qué podría consistir, porque no les interesa, porque ya han pasado el Rubicón imaginario. Pero hay otra parte de la sociedad catalana que todavía no está en esta situación y por eso creo que hay mucho que argumentar y que explicar, que hay que ofrecer los elementos positivos. Por ejemplo, si yo fuera un joven profesional catalán, creo que me saldría a cuenta que Cataluña siguiera formando parte de España, porque tendría más oportunidades de desarrollo profesional en el conjunto de España

que si me quedo reducido a una sociedad más pequeña; por cierto, una sociedad muy poco transparente y con mecanismos muy endogámicos de promoción. Creo que hay elementos positivos. Claro que los hay. Para una parte. La otra parte ya no los quiere escuchar, porque ya el elemento identitario los ha llevado más allá de la receptividad necesaria para eso.

Una última cosa sobre Europa. Cataluña no es un caso particular. La relación Cataluña-España no es un caso singular en Europa. Casi todos los países europeos tienen su Cataluña. Italia tiene el Véneto: Venecia puede argumentar razones históricas para decir que ha sido una entidad estatal, con tanta solera o más que Cataluña, y casi reproduce los mismos ratios de renta per cápita y transferencias fiscales. Y para qué contarles lo de Bélgica. Todos tienen una parte que se siente agraviada, que cree que contribuye más de lo que le toca. Esa tendencia centrífuga no es sólo española, no existe sólo en España, sino que todos tienen un problema territorial por resolver. Precisamente por eso no existe ninguna simpatía ni habrá ningún apoyo por parte de ningún país europeo a una dinámica de desagregación en España, porque eso sería un precedente que alimentaría dinámicas parecidas en todas partes.

Casi todos los países europeos tienen su Cataluña; por eso no hay ninguna simpatía ni habrá ningún apoyo por parte de ningún país a una disgregación de España, porque sería un precedente que alimentaría dinámicas parecidas en todas partes

Hemos obviado una cuestión –o hemos pasado sobre ella de puntillas– que está subyacente en lo que hemos dicho. ¿Independencia cómo? ¿Independencia pactada? ¿De común acuerdo? ¿O independencia unilateral? Porque de eso no hemos dicho nada y son dos escenarios radicalmente diferentes. ¿Cómo se llega

a la independencia? ¿Se llega a través de un proceso que implica una gran reforma constitucional, a través de un gran proceso de debate para establecer los acuerdos pactados de una separación? ¿O se llega, como algunos imaginan, por las bravas? Antes me decían en Cataluña: «Igual que España perdió Flandes, perdió Nápoles, perdió el Milanesado y perdió Cuba, perderá Cataluña». Bueno, el ejemplo de Cuba, el más reciente, tampoco es un buen ejemplo, porque fueron trescientos mil muertos y diez años de guerra... Más vale que no nos metamos en esos berenjenales. Lo de por las bravas excluyámoslo, porque eso sí que no es factible, aunque hay gente en Cataluña que todavía tiene esa ensoñación. Pero, situados en el marco del pacto, que es el más concebible, tengan la seguridad los ilustres economistas que han explicado lo que tú nos has transmitido que no encontrarán ningún aliado en ningún país europeo, porque todos tienen un problema parecido y nadie querrá crear un precedente ni apuntarse a una dinámica de disgregación que, ciertamente, pondría en cuestión la estabilidad misma del sistema. Y para España sería también una situación altamente inconveniente. Lo contrario del *win-win*, no sería ni *win* para uno ni *win* para otro. Otra razón de más para intentar encontrar soluciones factibles.

Miguel Ángel Aguilar

A propósito de esto que has dicho, de que cada país tiene su Cataluña y demás, creo que durante mucho tiempo, en Europa, debilitar al vecino era una ventaja, pero que ahora debilitar al vecino es un inconveniente. La amenaza no viene ahora de los poderosos; viene de los débiles. En Francia siempre se ha dicho que el Quai d'Orsay tenía un programa para la balcanización de la Península Ibérica, porque tener una España débil era ventajoso. Ahora, en cambio, tener una España débil es un peligro tremendo. Es lo mismo que nos pasa a nosotros con

Marruecos. Durante mucho tiempo pudo parecer que tener un Marruecos débil fuera bueno para España, pero ahora resulta que eso es muy peligroso, que hay que tener un Marruecos mucho más fuerte, mucho más competitivo, porque eso nos garantiza la seguridad y es mucho más favorable para nosotros que lo contrario. De manera que lo que has dicho es muy acertado.

Juan José López Burniol

A nivel informativo hay algunos temas que les pueden interesar. Conectando con el tema de la refracción —que es esta palabra de Derecho Hipotecario—, la refracción de la nacionalidad catalana, de la personalidad, de la identidad catalana que se desarrolla desde la Renaixença, desde mediados del siglo XIX y durante todo el siglo XX, y que ahora culmina con éxito, yo siempre digo que si resucitase hoy un ciudadano de las Borges Blanques o de Tremp que hubiera muerto el 1 de enero de 1900 no se creería lo que veía. De entrada diría: «¿Y dónde está la Guardia Civil? Y la senyera por todas partes y en las escuelas se estudia en catalán y en la universidad también y el notario hace las escrituras en catalán... ¡Qué bárbaro!». La refracción de la identidad ha sido tremenda y en esto la influencia que ha tenido el Partido Socialista, el PSC, ha sido enorme. Esto Pepe lo sabe muchísimo mejor que yo. El PSC ha puesto vaselina a las medidas más difíciles, como por ejemplo a la «normalización lingüística».

El resultado ha sido el que ha sido, que no digo que sea malo; las cosas son como son. En la necrológica que escribió Antonio Tovar en 1959 o 1960, cuando murió Carles Riba, decía que es curioso que de todas las regiones europeas que a lo largo del siglo XIX intentaron rehacer su ser nacional la única que lo ha conseguido es Cataluña. ¿Qué ocurre entonces? Pues que a partir de un determinado momento esto se convierte en un movimiento de tipo político. Utilizando

aquella frase de Azaña, yo a veces digo que en Cataluña está pasando lo que tenía que pasar. Porque después de ganar la batalla del ser, la batalla de afirmarse... Piensen ustedes que hay un catalán, Joan Triadú —que no es precisamente la alegría de la huerta—, que escribe sus memorias y las titula *Memòries d'un segle d'or*. El siglo de oro de Cataluña es el XX, es el siglo de la refracción auténtica de su ser nacional, a pesar de 46 años de dictadura, los 39 del general Franco y los siete del general Primo de Rivera. ¿Qué ha pasado con el PSC después? Que mientras esta refracción del ser nacional no provoca el conflicto por la independencia en el Partido Socialista se podían guardar las formas. Pero, en el momento que se plantea el tema de la independencia, pues ¡hasta aquí hemos llegado! Y no se engañen: esto pasará en *Convergència* y pasa ya en *Unió*. Sólo un dato: 1977, elecciones generales: UCD en España saca el 32%, en Cataluña el 16%, y *Convergència* otro 16%. 16 y 16 suman 32. Es decir, hay mucho voto de *Convergència* que no es voto independentista. Y el de *Unió*... Ya lo verán ustedes.

Hay mucho voto de Convergència que no es voto independentista. Y el de Unió... Ya lo verán ustedes

Por supuesto que hay mucho catalán independentista; tanto como catalán no independentista. Por eso antes o después hay que ir a las urnas; háganse a la idea. No es malo. Desde el punto de vista de los intereses generales de España se tendría que haber ido ya y cada día que pasa sin que se vaya es perjudicial para los intereses generales de España. Se tendría que haber ido ya. Se tendría que haber seguido el ejemplo, o habernos anticipado al ejemplo, de Cameron en el Reino Unido. ¿Por qué? Porque sencillamente hay que dar cancha a la gente que no piense así. Ayer, en la tertulia de 8TV en la que se analizaba la sesión parlamentaria, Lluís Foix, periodista responsable y competente, dijo una cosa clarísima: «¿No han observado ustedes que los discursos de los tres emisarios cata-

lanes no son idénticos? ¿No han observado que son distintos?». Porque nunca ha existido una unidad del catalanismo político. Nunca. Y no existe ahora tampoco. Esto lo sabe bien la familia Cambó. El catalanismo político nunca ha sido absolutamente unitario. En otras palabras, Cataluña es tan de verdad una nación que es plural. En los años noventa yo escribí un artículo en *La Vanguardia* que comenzaba diciendo: «Cataluña es tan de verdad una nación que el poder político no controla tres instituciones, que son el Barça, La Caixa y *La Vanguardia*». Ahora no se podría decir exactamente lo mismo, pero en los noventa era absolutamente cierto. Por tanto, ¡jojo!, de unidad y santidad la mitad de la mitad.

Otra cosa. Los catalanes en general somos prudentes y muchas veces digo que los catalanes de verdad no queremos, o no quieren, la independencia, sino «una miqueta d'independència», un poquito de independencia. ¿En qué están pensando realmente en estos momentos los independentistas más sensatos? En una cosa que es absolutamente verdad y que les tengo que trasladar: que Cataluña quizá no tenga la fuerza suficiente como para ser independiente pero le sobra fuerza para desestabilizar España. Y, entonces, antes de que España se convierta en el enfermo de Europa, como lo era Turquía a comienzos del siglo XX, piensan que en la situación conflictiva que puede venir después de unas elecciones plebiscitarias, poniendo en riesgo el euro, poniendo en riesgo las inversiones en la Península, pasará lo mismo que ha pasado en el terreno de la economía: que aunque no haya un rescate formal habrá un rescate bajo mano. ¿Qué puede ocurrir entonces? Que sea Europa la que diga: «Hombre, tenéis que hacer

*Antes o después hay que
ir a las urnas; háganse
a la idea. No es malo.
Desde el punto de vista de
los intereses generales
de España se tendría
que haber ido ya y cada
día que pasa sin que se
vaya es perjudicial*

esto». Y no lo digo yo, porque no me quiero apropiarme de una idea que me parece brillante; el mismo periodista catalán al que me he encontrado antes ha insistido hace poco en un artículo en *La Vanguardia* en que el presidente Rajoy ha dicho en tres o cuatro ocasiones que la reforma de la Constitución vendrá por Europa. Frase críptica ésta que someto a la consideración de quienes sean expertos en temas gallegos.

Cataluña quizá no tenga la fuerza suficiente como para ser independiente, pero le sobra fuerza para desestabilizar España

Miguel Ángel Aguilar

Has dicho una cosa muy relevante: que los líderes, las fuerzas políticas de Barcelona, de Cataluña, han resignado el poder en favor de otras organizaciones populares, como la Asamblea Nacional de Cataluña. Eso está también lleno de consecuencias. Abrimos el coloquio.

Carlos Miranda

Querría agradecer a la mesa todas las cosas interesantes que nos han dicho. Pero me voy a centrar en lo que he oído al final. Creo que las urnas, de alguna manera, tendrán que zanjar la cuestión. Yo, cuando voy a una reunión de mi comunidad, oigo todos los argumentos y cuando no nos ponemos de acuerdo, qué es lo ideal, qué es lo mejor, pues se vota. Entre otras cosas porque nos arriesgamos a que si no hay urnas, algunos, un poco más lanzados, tomen decisiones unilaterales. Veo que hay cuatro posibilidades en las urnas. Una es el referéndum en Cataluña; otra es un referéndum en toda España, en el que en términos políticos el resultado importante sería lo que digan los catalanes; una tercera serían unas elec-

ciones autonómicas, llamémoslas normales; y la última las autonómicas llamadas plebiscitarias. Me gustaría conocer su opinión, porque tarde o temprano se llegará a eso y, como se ha dicho aquí, quizá lo mejor es que sea cuanto antes; no vaya a ser que algún loco, por decirlo así, en forma coloquial, se delante de una forma no debida.

Juan José López Burniol

El esquema que en estos momentos se baraja en Cataluña sobre cómo se van a desarrollar los acontecimientos es el siguiente. Ahora, aparte de la gran exaltación del día de Sant Jordi, hasta el 1 o el 2 de septiembre no pasará nada. El 1, el 2 o el 3 de septiembre se aprueba la ley catalana de consultas y esa misma tarde, o al día siguiente, el president de la Generalitat convoca la consulta para el día 9 de noviembre. A los dos días, o al día siguiente también, el Gobierno español impugna la ley y el Tribunal Constitucional la suspende. Entonces, el día 9 de noviembre el president Mas convoca las elecciones plebiscitarias. La consulta no se va a poder celebrar. ¿Técnicamente cómo iba a celebrarse? El otro día había un artículo en *La Vanguardia* de dos catedráticos muy distinguidos, Juan Botella y José María Colomer, que son profesores en Georgetown, en el que decían que ni se tiene un censo ni hay junta electoral. Es decir, que no hay posibilidad de hacer la consulta. Sinceramente, yo creo que no se hará. Pero algún tipo de consulta es inevitable y la consulta serán unas elecciones plebiscitarias, que no existen como tal concepto jurídico, pero que son unas elecciones normales y corrientes, autonómicas, en las que los partidos soberanistas pondrán, como primer punto de su programa –no habrá candidaturas únicas; no han sido capaces de hacer una candidatura única ni para las europeas–, la independencia de Cataluña. Y pueden obtener perfectísimamente un resultado de dos tercios. Por una razón

clara: en el referéndum, cuando votas Sí o No, cuando votas una cosa decisiva, votas con la cabeza, con el corazón y con la cartera. Es decir, la gente se lo piensa. En cambio, unas elecciones plebiscitarias, en las que aún la independencia no es un hecho, pueden votarse en un momento de tremenda exaltación cordial. De ahí que crea que las elecciones plebiscitarias pueden dar un resultado muy amplio. Pero, a partir de aquí, no creo que llegue una declaración unilateral de independencia, por las consecuencias antes apuntadas. Lo que sí puede haber es el encargo al president de la Generalitat de que negocie la independencia con España. O, si nos metemos ya en jerigonzas jurídicas, una declaración de independencia sujeta a la ratificación por un referéndum a convocar de acuerdo con la ley española. En cualquier caso, vamos a ver desestabilización, desestabilización de la situación no sólo de Cataluña, sino de toda España. Creo que lo que se busca es esta intervención europea, que al final provocaría una reforma constitucional en un sentido idéntico al que hubiésemos podido hacer nosotros.

Termino con un recuerdo. Imagínense ustedes que en el primer mandato de José María Aznar se hubiese afrontado algún pequeño cambio constitucional del tipo de los que se pedían desde Cataluña antes de meternos en la aventura del Estatut. Y no es que yo ahora hable mal del Estatut; como ya he dicho, procuro decir lo mismo en Cataluña que aquí. Yo, en el verano de 2005, publiqué un artículo, que se titulaba «Fin de trayecto personal», criticando el Estatut por dos razones. La primera, que suponía una reforma constitucional por la puerta de atrás, y la segunda, y muchísimo más importante, que bus-

Algún tipo de consulta es inevitable y la consulta serán unas elecciones plebiscitarias en las que los dos partidos soberanistas pondrán, como primer punto de su programa, la independencia. Y pueden obtener perfectamente un resultado de dos tercios

caba una relación bilateral con España y que la relación bilateral entre Cataluña y España, aunque conceptualmente pueda defenderse, desde mi punto de vista es inadmisibile, porque, dado el extraordinario efecto mimético que Cataluña ejerce en el resto de España, si Cataluña tuviese una relación bilateral inmediatamente la pediría Valencia, Aragón, Baleares, Andalucía... Y no hay Estado que aguante esto. El Estado estallaría.

Por tanto, creo que la consulta se tiene que hacer y que cuanto antes se haga mejor. A veces pienso: ¿pero tan poca seguridad tenemos en nosotros mismos? ¿Pero tan poca cosa es una identidad histórica con tantos siglos? ¿Tan poca cosa es un mercado como el que tenemos? ¿Tan poca cosa es —una cosa de la que jamás se habla— la proyección extraordinaria que tiene España en un mundo globalizado? Porque en un mundo globalizado las áreas culturales son absolutamente fundamentales. Y el área cultural hispánica es Sudamérica, Centroamérica, México y, cada vez más, Estados Unidos. ¿Tan poca cosa somos? No lo entiendo.

Arturo Moreno

A mí me gustaría preguntarle, señor López Burniol, si no cree que esto se ha ido un poco de las manos. Usted ha hablado de que el tema de fondo es, al final, una nueva distribución del poder político, del poder económico. Éste es un movimiento que, de alguna forma, está dirigido por las élites políticas y que va calando poco a poco, a lo largo de un proceso de confrontación, y acaba llegando a las bases populares, a la población en general. Usted sabe que un proceso de segregación, un proceso de ruptura, al final es un acto revolucionario. A mí me gustaría saber su opinión. ¿Cómo se puede poner a la cabeza de un movimiento que al final es un verdadero movimiento revolucionario el partido del orden social de la burguesía catalana? Porque romper un país, en definitiva, no es una cuestión ba-

ladí ni una tontería, sino que es una cosa muy grave. ¿Cómo es posible que estén apoyando un proceso de estas características? Y esto, de alguna forma, sugiere que, al final, el gran beneficiado de este proceso rupturista, que va contra la base social de Convergència, va a ser Esquerra Republicana de Catalunya.

En segundo lugar le quería comentar una cosa. Se habla mucho de diálogo, de debate, pero es que aquí también tenemos –y perdóneme que se lo diga desde una perspectiva madrileña, o española– la sensación de que el diálogo con los nacionalistas consiste en darles la razón, porque si no se les da no hay diálogo. En otras palabras, no es posible hablar si uno no avala expresamente los planteamientos del señor Mas. Usted ha dicho que puede resultar un poco deleznable, o pobre, defender la Constitución. A mí en cambio me parece que es un acto de nobleza liberal; los liberales siempre hemos defendido la Constitución y las leyes. Pero, siguiendo un poco su razonamiento, parece que la soberanía es divisible, que hay que votar, que sería deseable que hubiese un referéndum en Cataluña en condiciones legales. Es decir, que se rompe el concepto de soberanía nacional. Y, sin embargo, la deuda se la queda España. El 20%, que es aproximadamente la aportación de Cataluña al producto interior bruto, no se transfiere al nuevo hipotético Estado catalán, sino que se la queda España. ¿Y las pensiones? Me imagino que también las seguiremos pagando nosotros. Y que también regalaremos los activos que tiene el Estado en Cataluña, como puertos, aeropuertos, etc.

Juan José López Burniol

Vamos allá. CiU. ¿Dónde está la burguesía catalana? En el Círculo de Economía. Básicamente son directivos. No dudo de que lo que queda de la burguesía catalana sigue teniendo unas posiciones como las que siempre ha tenido, por supuesto que sí, pero ahora en Barcelona los intelectuales independentistas dicen

que éste es un movimiento de clases medias. Y esto liga con algo que no ha aflorado, que es que los costes de la crisis se han repartido de una forma absolutamente injusta. Antón Costas, presidente del Círculo de Economía, siempre me dijo: «Mira, Juanjo, lo esencial de una crisis económica es quien paga el pato». Y el pato lo están pagando la clase media y la clase popular, como siempre. Recuerdo una cosa que aprendí en la universidad de adolescente: que el fascismo no es otra cosa que clases medias cabreadas. Ahora no es este el tema, pero las clases medias están muy enfadadas y, si el Estado no sirve, pues piensen ustedes en la alternativa. Viene como anillo al dedo una cosa que yo repito siempre: los nacionalistas tienen un discurso que será creíble o no será creíble, pero tienen un discurso de afirmación nacional, de defensa del Estado de bienestar y de regeneración política. Pónganle todas las reservas, pero despiertan una ilusión. Si ustedes van por los pueblos de la provincia de Gerona o de Lérida verán banderas esteladas en muchísimas casas. El día de la Diada yo subía por la mañana a dar una conferencia en el ayuntamiento de Tremp, como parte del acto institucional que se celebraba, y paré a tomar un café en Agramunt. Y había muchos autobuses, llenos de gente que bajaba para la cadena humana y que venía a saludar, con un tono festivo; ésa es la gente que vota esto: clases medias y clases populares.

Los nacionalistas tienen un discurso, que será creíble o no, de afirmación nacional, de defensa del Estado de bienestar y de regeneración política. Pónganle todas las reservas, pero despiertan una ilusión

Ésta sí que es una idea sobre la que tenemos que cambiar el chip. En estos momentos la antigua burguesía catalana tiene un peso extremadamente limitado. Cuando veo estas fotografías del Puente Aéreo, de la asociación Puente

Aéreo, pienso: «¡Ay, ay, ay! Por ahí poca cosa se puede hacer». No es la burguesía catalana, sino que son las clases medias catalanas las que en estos momentos han cortado con el Estado.

¿El diálogo con los nacionalistas? Le voy a contestar muy brevemente. Todos somos hijos de nuestro propios actos y los españoles también lo somos. También hay que preguntarles al Partido Popu-

En estos momentos la antigua burguesía catalana tiene un peso extremadamente limitado

lar y al Partido Socialista Obrero Español por qué, por ejemplo, durante tantos años, cuando se constituía una comisión parlamentaria para investigar

algún tema de corrupción en el Parlamento Español, el partido que estaba en el poder, fuese de derechas o de izquierdas, pactaba con los nacionalistas para evitar que se abriese esta comisión de investigación. Y si era en el Parlamento de Cataluña, pues lo hacía Convergència con el PP o con el Partido Socialista. Pongo esto como ejemplo, pero se podría aplicar a tantísimas otras cuestiones. El mercadeo de los grandes partidos españoles con los nacionalistas ha sido la causa de que se hayan ido perdiendo cuotas de poder y de implantación en Cataluña. Pienso que, en este sentido, la primera legislatura de José María Aznar fue absolutamente paradigmática. Les pido que recuerden algunas de las concesiones que hizo José María Aznar, que pertenece a la derecha más hirsuta. Y los nacionalistas, lógica y naturalmente, iban a lo suyo. Contra el vicio de pedir está la virtud de no dar.

Margarita Sáenz-Díez

Yo quería decirte, Juan José, que la Constitución también se defiende promoviendo o defendiendo su reforma; es otra forma de defenderla. Los dos habéis

hecho una fotografía espectacular de la situación catalana, de la que yo tengo conocimiento desde otra perspectiva. Hay dos cosas de las que ha dicho Josep Borrel que me gustaría que me matizara.

En primer lugar, el tema de la desafección, porque creo que durante los primeros 23 años de gobierno nacionalista en Cataluña, con Jordi Pujol al frente, hubo un mensaje de desafección, quizás más soterrado, pero bastante presente. En segundo lugar, yo tenía la inocencia de esperar lo que tú has dicho, que debatiéramos con datos concretos, como lo has hecho en numerosos artículos que has publicado en los últimos meses. ¿Qué pasará el día después, si es que hay día después? Mi pregunta es si no crees que la falta de credibilidad generalizada de la clase dirigente hace que los discursos sobre datos reales sean poco creíbles.

Y a Juan José López Burniol le quería decir que coincido con esa propuesta de que hay que hablar de España como proyecto compartido. Pero ¿quién —en este caso más acá del Ebro— puede hablar con entusiasmo y con sinceridad, transmitiendo veracidad, de esta España como un proyecto compartido? Porque del Ebro para acá, durante mucho tiempo, también se han intentado desprestigiar muchas de las iniciativas de Cataluña. Al igual que los representantes de Cataluña en Madrid también han buscado el desprestigio en muchas de sus actuaciones. Por tanto, al faltar —en mi opinión— protagonistas creíbles, entusiastas de esa España compartida, veo poco factible que se convierta en realidad.

Josep Borrell

Comparto tu tesis de que el desafecto se ha creado de forma no explícita, sino soterrada y lentamente, desde hace tiempo. Creo que en Cataluña hay razones para sentirse incómodos, pero también hay muchos buscadores de esas razones, mucha gente que echa mucha leña al fuego del desafecto: «No ens esti-

men». Hay un discurso creador de desafecto que es como la gota malaya, permanente, continua, y ha acabado moldeando las percepciones de la realidad.

¿Los datos no son creíbles por el descrédito que padecen las clases dirigentes? No. Creo que en el caso concreto que nos ocupa hay algunos datos que son muy creíbles. De hecho la gente se los cree, aunque sean completamente falsos. En cambio, otros que están más cercanos a la realidad no resultan creíbles, por la sencilla razón de que unos

tienen detrás una poderosísima máquina publicitaria y los otros no. Hay un discurso que ha calado en la sociedad catalana, pero no por su verosimilitud, sino porque es una repetición machacona del argumento desde las más altas instancias. Y hay cosas que a mí me llaman poderosamente la aten-

Hay un discurso que ha calado en la sociedad catalana, pero no por su verosimilitud, sino porque es una repetición machacona del argumento desde las más altas instancias

ción. ¿Cómo tiene que ser de acrítica una sociedad? ¿Cuán mal hace su función el sistema informativo, los periodistas, los medios de comunicación? ¿Cuán amaestrados están cuando desde las más altas instancias se pueden decir cosas absolutamente falsas y fácilmente contrastables —que lo son—, pero que se han convertido en verdaderos dogmas? ¿Qué está ocurriendo en la sociedad catalana? Estamos diciendo: «Oigan, eso que dicen ustedes no es verdad y es fácilmente constatable que no es verdad». Porque si la Constitución alemana dice una cosa o no la dice es algo que puede verificarse fácilmente. Bueno, pues la cosa es que durante años se les han estado contando a los catalanes cosas que son absolutamente falsas, pero que la gente se ha tragado y eso ya es muy difícil de revertir. La clase dirigente debe tener mucha credibilidad, porque la gente se cree todo lo que dicen.

Miguel Ángel Aguilar

Y los periodistas y la prensa no han hecho su papel.

Josep Borrell

No han hecho su papel, no. De ahí que no pase nada cuando el señor Junqueras escribe una carta –no un calentón verbal, que todos lo podemos tener–, una carta, que es un acto reflexivo, a 750 eurodiputados –no al vecino de la escalera– diciéndoles que si Cataluña fuera un *lander* alemán no estaríamos lo mal que estamos, porque la Constitución alemana nos protegería e impediría el expolio, porque hay una norma que dice que el déficit no puede ser superior al 4,5%. Y no pasa nada. Nadie se levanta y pregunta si de verdad dice eso la Constitución alemana. Pues no lo dice, no lo dice ni por el forro. De hecho tengo una carta del embajador alemán –si quieren se la leo– donde me dice que han explorado toda la legislación alemana y no han encontrado ni rastro de tal norma en ninguna parte. Pero da igual; ellos lo siguen diciendo. ¿Cómo es posible que nadie haya verificado una cosa así, que nadie haya ido a las fuentes y haya dicho: «Oiga, clase dirigente, ¿ustedes que historias nos cuentan?»». Pero las cuentan así, mandando 750 cartas a 750 eurodiputados, algunos de los cuales se habrán muerto de risa mientras la mayoría la habrán tirado a la basura, porque no les habrá importado un carajo. O sea que la clase dirigente parece que tiene mucho predicamento, porque lo que dicen se lo cree la gente, aunque no sea cierto. Y también existe otra clase dirigente que simplemente ha abdi-

La clase dirigente parece tener mucho predicamento, porque lo que dice se lo cree la gente, aunque no sea cierto

cado de su papel. Yo me culpo de que en Cataluña no haya habido una reacción a tiempo que contrastase el discurso oficial con datos y argumentos. Pero eso ya tiene difícil solución.

Juan José López Burniol

Se dice que en derecho lo que no son efectos es literatura. En política también: lo que no son efectos es literatura, y mala literatura. Creo que en estos momentos, tal y como está la situación, no hay posibilidad de entrar en un diálogo serio en Cataluña sin abordar a fondo una serie de temas. Primero, los temas económicos, es decir, un tope a la aportación al fondo de solidaridad y una agencia tributaria compartida; hay que tocarlo, aunque no se de qué forma, no se de qué manera. Segundo, las competencias estratégicas, entendiendo como competencias estratégicas el idioma, la educación y la cultura; me da la sensación de que va a ser muy difícil eludir la atribución de competencias exclusivas. Tercero, una disposición adicional en la Constitución que reconozca el carácter singular de Cataluña, a imagen y semejanza de la que atribuye al País Vasco esta condición; se trata de algo profundamente sentimental. Por tanto, ¿proyecto sugestivo de vida en común? ¿Buscar otra vez el que los catalanes puedan sentirse cómodos? Para eso, por lo menos se tendrá que hablar

No hay posibilidad de entrar en un diálogo serio en Cataluña sin abordar la aportación al fondo de solidaridad, la agencia tributaria compartida, las competencias estratégicas, el idioma, la educación, la cultura, y una posible disposición adicional en la Constitución que reconozca el carácter singular de Cataluña, a imagen y semejanza del País Vasco

de estos temas. Ya sé que estos temas, a lo que Dionisio Ridruejo llamaba el maticado del país, pueden levantar sarpullidos. Ya lo sé, pero creo que difícilmente serán eludibles.

Tomás de la Quadra

Quiero dar las gracias y felicitar a los ponentes por su sinceridad y por lo que nos han transmitido hoy, desde puntos de vista tampoco tan distantes. Coincido con la última propuesta que hacía López Burniol; con algún matiz, pero sustancialmente coincido. Querría decir tres cosas.

La primera reflexión es que estoy de acuerdo en que no es posible blandir el tema de la Constitución como único argumento; no puede ser, no se puede lanzar sólo la Constitución. Pero tampoco hay que dejar de tener en cuenta que no es un tema menor ni una excusa, sino que tiene un profundo calado.

El segundo tema son casi tres preguntas, o tres reflexiones. La primera es que, puestos a ver qué solución tenemos, una sería la reforma constitucional, en la que yo estoy de acuerdo. Pero ¿tenemos interlocutores para llevarla a cabo? Porque por una parte el partido del Gobierno parece que no está por la labor y, por la otra parte, parece que han pasado el punto de no retorno. Con lo cual uno se pregunta si tiene sentido esta oferta. ¿Tiene sentido hacerla? Yo sigo pensando que tiene sentido, aunque sólo sea por poner sobre la mesa que hay otra posible salida y por intentar que eso motive una reflexión. El segundo tema tiene que ver con la cuestión de que el referéndum, por ejemplo en Escocia, tiene unas connotaciones que, más allá de los temas identitarios, plantean una ruptura con el modelo de desarrollo conservador, ya sea thatcheriano o sea de Blair. Hay un énfasis en los temas de la socialdemocracia. Y creo que, en el fondo, también lo hay en Cataluña. Lo hay, aunque no se verbalice. Se verbalizan los

temas identitarios, pero esa clase media molesta por la política que se hace, especialmente alrededor de la crisis, denota otras connotaciones. ¿En qué medida está presente todo esto también en Cataluña? Porque me llama la atención que en Escocia ése sea el motivo casi central.

Una reflexión más, que tiene que ver con cuál sería la posición de un demócrata de aquí que se encontrase con esa situación, en la que una mayoría constante quiere la independencia. Pienso que, en esa posición, lo primero que habría que plantearse es si todos ganamos con la separación o si todos perdemos y cuál es el motivo de la independencia. Si el motivo fuera un tema identitario, yo estaría por la independencia siempre que fuera consecuencia de una persecución de la lengua o de las señas de identidad. Pero habría que hacer una reflexión sobre todo esto. ¿Por qué un demócrata está obligado, si le perjudica, a estar de acuerdo con la independencia de quien no tiene más motivo que la pura identidad? De todas maneras, como habéis dicho, todo esto no es muy racionalizable. Es un sentimiento. Pero no sé en qué medida ese sentimiento va unido a la idea de que lo democrático es que el que se quiera ir que se vaya. Tendremos que hacer una reflexión para ver cuáles son los motivos. Y esto lleva también al tema de las causas, que es diabólico, porque cada vez que uno saca las causas aparecen los agravios, que lo que hacen es cavar la trinchera, cavar la separación cada vez más.

¿Por qué un demócrata está obligado, si le perjudica, a estar de acuerdo con la independencia de quien no tiene más motivo que la pura identidad?

En fin, éste es un tema en el que tendríamos que reflexionar sobre el valor del patriotismo constitucional, sobre si hay una forma de ser patriota que no sea exagerada, porque el modelo de patriotismo nuestro, el de la España constitucional, es el del respeto a la diferencia. Habría que preguntarse en qué medida cabemos

todos dentro de ese patriotismo constitucional y si respetamos, como deberíamos respetar, las diferencias de todos. Desde luego, hay que estar todos como un sólo hombre en la defensa de la identidad de cada uno, pero siempre que ésta se vea atropellada. Aquí pensamos que no lo está, pero tal vez estemos equivocados. Pensamos que no lo está, pero si lo estuviera eso sería lo único que podría llevarnos a decir que, en efecto, es razonable este movimiento.

Cada vez que uno saca las causas aparecen los agravios, que lo que hacen es cavar la trinchera, cavar la separación cada vez más

Josep Borrell

Gracias, Tomás. Tú dices que en Escocia hay un malestar con respecto al modelo de desarrollo británico. Bueno, en Cataluña también hay un malestar con respecto al funcionamiento del Estado español, que no ofrece algo atractivo. Desgraciadamente, hoy España no es un proyecto atractivo visto desde Cataluña. Buena parte del argumento catalán es: «Nuestro Estado será un Estado mejor y nos permitirá construir una sociedad más abierta, más transparente, que estará más al servicio de la sociedad, etcétera». Eso forma parte de la ilusión con la que alguna gente ve este proyecto, que más que ilusión es ensoñación, porque, al día siguiente a la independencia, Cataluña tendría los mismos empresarios, los mismos sindicatos, los mismos periodistas, las mismas estructuras sociales... La independencia no cambiaría la naturaleza de las cosas. ¿O es que con la independencia el caso del Palau no se hubiera producido? ¿O es que con la independencia la Generalitat no hubiera enterrado los 600 millones que ha enterrado en el absurdo proyecto de Spanair? No creo que hubiera una transformación sustantiva, taumatúrgica, de los mimbres con los que se construye una sociedad,

pero hay mucha gente que si lo cree: «Tendremos un Estado que nos permitirá construir una sociedad mejor». Y esa ilusión que tú ves en los autobuses cuando vas a mi tierra es una de las grandes fuerzas que animan esta dinámica, porque hoy el independentismo tiene una épica movilizadora, tiene una épica y una estética, y frente a él no hay ni épica ni estética, hay, en el mejor de los casos, un silencio que de cuando en cuando alguien rompe, como cuando Joan Llorach y yo nos hartamos un día y dijimos: «¿Y esos 16.000 millones dónde están?».

Se suele decir que los partidarios de la independencia han aumentado mucho, que ha aumentado su fuerza electoral. Sin embargo, si miramos las últimas elecciones no ha habido un aumento de la fuerza electoral de los partidarios de la independencia; más bien ha habido un ligero retroceso. Lo que ha habido es un trasvase de lo que Joan llama independentismo *light* ha-

Este proyecto más que ilusión es ensoñación, porque, al día siguiente a la independencia, Cataluña tendría los mismos empresarios, los mismos sindicatos, los mismos periodistas, las mismas estructuras sociales

cia el independentismo *hard*. O sea, *Convergència* ha perdido peso en beneficio de *Esquerra Republicana*, pero los dos juntos no sumaron más en las últimas elecciones convocadas por *Mas* que antes. Hay un efecto óptico que nos hace creer que ha habido un gran aumento del independentismo, pero ha aumentado uno a costa del otro. Es posible que también haya flujos y reflujos. Mirad lo que ha pasado en Canadá hace cuatro días: el partido independentista de Quebec se ha pegado una bofetada de muchísimo cuidado en las urnas —ha pasado de 54 escaños a 30 escaños— mientras los unionistas han pasado de 50 a 70 escaños; y todo ello como consecuencia de unas elecciones anticipadas convocadas por un Gobierno con mayoría independentista. Eso le debería servir de consuelo al

señor Mas, porque no sólo le pasan esas cosas a él, que convoca elecciones anticipadas y le sale el tiro por la culata. Pero no creo que ese reflujó sea el caso de Cataluña. Más bien estoy en la tesis de que unas elecciones anticipadas, convocadas al calor de un referéndum que no se puede celebrar, van a provocar un aumento del independentismo *hard*, en detrimento del *light*.

Hoy el independentismo tiene una épica y una estética; frente a él no hay ni épica ni estética, hay, en el mejor de los casos, un silencio

Joan Llorach

No querría desaprovechar tan distinguida audiencia para mencionar que, por ejemplo, en Estados Unidos fue el *Wall Street Journal* quien puso en su sitio a Sarah Palin y que fue el *Wall Street Journal* quien destapó el discurso económico de Romney y que fue la prensa afín la que recomendó el voto a Obama, reconociendo que era contranatura para lo que era su base de lectores. Yo creo que aquí ha faltado ese papel de la prensa, que ha faltado vuestro papel. Aquí hay mucho más material para poner en su sitio a la señora Forcadell que el que había para poner en su sitio a la señora Palin, pero nadie se atreve. Y es mucho más desacreditable el discurso económico de la independencia que el discurso del señor Romney, pero nadie lo desacredita.

Miguel Ángel Aguilar

Gracias. Juan José, ¿quieres añadir algo?

Juan José López Burniol

Sólo una palabra, porque si no abriríamos otro debate. Cuando me refiero al núcleo de poder siempre hablo del núcleo de poder político, financiero, funcional y mediático, ligados en estos momentos por relaciones en el mejor de los casos de connivencia, cuando no de colusión. Usted se acaba de referir a un problema de mayor cuantía: el colapso del sistema político tiene, en cierta manera, una de las causas fundamentales en el colapso de la función crítica de la prensa. Por supuesto que sí.

El colapso del sistema político tiene, en cierta manera, una de las causas fundamentales en el colapso de la función crítica de la prensa

Lo último que quería decir es que hay un artículo en *El País*, escrito por un autor al que yo valoro mucho, como es José María Ruiz Soroa, junto a Joseba Arregui, en el cual se dice que la consulta se debe hacer antes que el cambio constitucional. ¿Por qué razón? Porque si la consulta saliese en sentido afirmativo, para la independencia no habría que hacer el cambio constitucional. A mí esto me anima a pensar que, en el ámbito español, en el macizo de la raza, empieza a haber también personas –muchas creo– que se dan cuenta de que la única salida racional –como dijo el prestigioso Francisco Rubio Llorente– es la consulta.

Miguel Ángel Aguilar

Muchísimas gracias a todos y hasta la próxima sesión, que será en Barcelona.

BREVES BIOGRAFÍAS

Josep Borrell nació en la Pobra de Segur (Lleida) en 1947. Político y militante del PSC, es Ingeniero Aeronáutico, doctor en Ciencias Económicas y máster en Investigación Operativa por la Universidad de Stanford (California) y en Economía de la Energía por el Instituto Francés del Petróleo (París). Catedrático



en excedencia de Matemáticas Empresariales, comenzó su carrera política en 1979 como concejal de Majadahonda (Madrid), desde donde pasó a ser responsable de Política Fiscal de la Comunidad de Madrid. Desde la llegada del PSOE al Gobierno, fue sucesivamente secretario de Estado del Presupuesto y Gasto Público (1982-1984), secretario de Estado de Hacienda (1984-1991) y ministro de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente (1991-1996) durante los gobiernos de Felipe González. Presidió el Parlamento Europeo de 2004 a 2007 y, entre 2010 y 2012, fue presidente del Instituto Universitario Europeo, con sede en Florencia. En la actualidad es consejero de Abengoa.



Juan José López Burniol nació en Alcanar (Tarragona) en 1945. Notario desde 1971, fue decano del Col·legi de Notaris de Catalunya y vicepresidente del Consejo General de Notarios de España entre 1987 y 1989. Ha sido magistrado del Tribunal Superior de Andorra (1987-1993) y del Tribunal Constitucional de

Andorra (1993-2001), así como miembro de la Comisión Jurídica Asesora de la Generalitat de Catalunya (1998-2005) y profesor asociado de Derecho Civil en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Universidad Pompeu Fabra. En la actualidad es vocal del Consejo de Administración de Caixabank. Siempre ha compaginado su intensa dedicación profesional con su no menos apasionada vocación de ensayista, tanto de textos jurídicos como políticos, con especial interés por las cuestiones que afectan a la situación de Cataluña y su encaje en España. Ha colaborado en TV3, *Avui*, *El Periódico* y *El País* y en la actualidad publica artículos periódicamente en *La Vanguardia*. En 2008 publicó el libro *España desde una esquina: notas para españoles*.

Xavier Mas de Xaxàs nació en Barcelona en 1964. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona y en Historia Contemporánea por la Universidad Central de Barcelona, fue corresponsal en Estados Unidos de *La Vanguardia* (1996-2002) y en la actualidad es reportero



de la sección de Internacional. Durante su carrera profesional ha cubierto acontecimientos como la caída del Muro de Berlín y la unificación alemana, el conflicto de los Balcanes, la primera guerra del Golfo, el conflicto de Chechenia y la Primavera Árabe, además de las elecciones norteamericanas del año 2000. Es autor de *La sonrisa americana: una reflexión sobre el imperio estadounidense* y de *Mentiras: viaje de un periodista a la desinformación*. Actualmente es miembro del consejo de gobierno del Col·legi de Periodistes de Catalunya.

Miguel Ángel Aguilar nació en Madrid en 1943. Licenciado en Física, inició su carrera periodística en 1966 en la redacción del diario *Madrid*, donde fundó la Sociedad de Redactores del diario meses antes de que éste fuera cerrado por el Gobierno del general Franco. Dirigió *Diario 16* desde 1976 hasta



1980 y *El Sol* entre 1990 y 1991, y fue director de Información de la Agencia EFE entre 1986 y 1990. Ha trabajado en *Cambio 16*, *El País* y *Posible*, presentó los informativos nocturnos y de fin de semana de Tele 5 y ha colaborado en *Tiempo*, Radio España, la Cadena COPE, Antena 3 y CNN Plus. En la actualidad es colaborador, entre otros medios, de *El País*, *La Vanguardia*, *Cinco Días*, *La Sexta* y la Cadena SER. Es secretario general de la Asociación de Periodistas Europeos desde su establecimiento en 1981 y ha publicado varios libros, entre los que cabe destacar el último, *España contra pronóstico*.

GALERÍA DE IMÁGENES



Algunos asistentes al quinto diálogo «España plural / Catalunya plural»



Arriba: Los ponentes, Josep Borrell y Juan José López Burniol / Debajo: Aspecto general de la mesa de debate



Arriba: Margarita Sáenz-Díez formula una pregunta flanqueada por Rosa Paz y Anna Bosch /
Debajo: Juan Claudio de Ramón, Soledad Gallego-Díaz y Joaquín Estefanía



Intervenciones de Carlos Miranda, Arturo Moreno y Tomás de la Quadra

© de la edición:

Fundación Diario Madrid, 2014
Larra, 14; 28004 Madrid
Tel.: 91 594 4821
info@diariomadrid.net
www.diariomadrid.net

Asociación de Periodistas Europeos, 2014
Cedaceros, 11; 28014 Madrid
Tel : 91 429 6869
info@apeuropeos.org
www.apeuropeos.org

© de los textos: sus autores

© de las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores

Coordinación: Juan Oñate
Edición de textos: Rosa Paz
Fotografías: Miguel Gómez
Diseño y producción editorial:
Exilio Gráfico

